

Anote y colecciona
estas 7 preciosas novelas

Los hijos de nadie
El triunfo de la mujer
El prisionero de Zenda
El joven Medardus
Los enemigos de la mujer

DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

y

Ferragus (Los Trece)
El pago que dan los hijos
de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EDICIONES DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

PRECIO DE CADA LIBRO

UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRAGA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 99

25 cts.



**A TODO
TRANCE**

por
Eileen Percy
y Charles Jones

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 99

A todo trance

Creación de
EILEEN PERCY y CHARLES JONES

Producción: WILLIAM FOX

HISPANO FOXFILM S. A. E.
Valencia, 280 — Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
PATSY RUTH MILLER

I

De todas las fiestas características de la región del Sur de los Estados Unidos de América, acaso fuese una de las más importantes la «steeple-chase» que se celebraba en Natchez-Diexland—, carreras de caballos que, organizadas por el «Mississippi Club», solían consti-

tuir el acontecimiento de la temporada, y en las que, en estos tiempos de prosaísmo democrático, se veían correr, al lado de los señores de antiquísimo abolengo, a los *jockeys* salidos de la gleba.

Era la víspera de las carreras, y en la estancia de los Martín festejábese el suceso con demostraciones de regocijo, tomando parte en ellas amos y criados; y así, mientras en las dependencias subalternas los servidores negros demostraban su alegría bailando sus típicas danzas coreándolas con gritos y canciones, en las salas lujosas de la estancia su joven propietaria, María Martín, hacía los honores de la casa a sus invitados.

Comenzó el baile al mismo tiempo en la cocina y en los salones, y si en el primero de estos lugares el negro Pancho se contorsionaba en un zapateado siguiendo el son que le daban sus compañeros de servicio canturreando la coplilla:

«Dale al algodón, mi negro,
dale al algodón...»

allá, en los salones, María Martín abandonábase a las delicias del «jazz-band» en los brazos de su pareja.

Reed, joven deportista de la localidad, enamorado de las gracias de la vivaracha María y de su fortuna, acercóse con su compañera de baile a la propietaria y le dijo:

—Prométame usted que bailará conmigo lo primero que toque la orquesta.

—Prometido, Reed.

El joven agradeció con una sonrisa la promesa, y un momento sus espaldas rozaron le-

vemente las de María, dando forma a una de esas gentilezas tan desprovistas de sentido como de buen gusto de la gente «bien».

El invitado de honor, al menos a los ojos de la señorita Martín, lo era Walter West, arrogante figura de hombre, de clara expresión abierta a la simpatía y mirada franca. De paso por Natchez desde hacía unas semanas, había sido convidado a la fiesta, a la que acababa de llegar.

María advirtió su presencia, y se extrañó viéndole sentado en uno de los tramos de la escalera que daba acceso a los salones, jugando con dos gatos chiquitines.

Sintiéndose observado, Walter apresuróse a ocultar en los bolsillos las dos fieras domésticas.

—¿Qué hace usted?—preguntóle ella acercándose.

—Nada...—titubeó Walter.

Los gatos asomaron sus cabezas fuera de los bolsillos y María rióse cascabeleramente de las aficiones de su amigo.

La joven volvióse bruscamente y miró a su hermano, Leonardo Martín, en quien la sangre de sus esforzados abuelos había degenerado convirtiéndole en un cobarde. Leonardo, en aquel instante, se dirigía a la mesa de los refrescos para servirse el primer ponche de la noche.

—Hace una hermosa luna—dijo María a Walter—. Me agradecería salir al jardín para disfrutar de los encantos de esta hora.

El le dió el brazo, y los dos dejaron los salones.

—¿Nos sentamos?—preguntó ella de pronto.

—Lo que usted diga.

Cerca el uno del otro guardaron un momento de silencio. María fué la primera en hablar:

—Estoy muy contenta de verle a usted tan enamorado de nuestra tierra.

—No solamente de la tierra... — repuso Walter.

Se miraron a los ojos intensamente, y ya se disponía ella a hacer una pregunta cuya respuesta no le hubiera resultado fácil a Walter, cuando apareció Reed.

—Señorita Martín —dijo el deportista inclinandose ante la joven—, si no me equivoco este es el baile que me tenía prometido.

—¡Se está tan bien aquí! —exclamó María—. ¿Por qué no se sienta usted con nosotros, señor Reed?

Este obedeció y María quedó sentada entre los dos hombres, cuya rivalidad asomósele a los ojos.

La situación era tan difícil que ninguno decía nada.

Entonces ella se levantó diciendo:

—Me parece que la noche se empieza a enfriar... Sin embargo, desearía un vaso de agua.

Walter y Reed se dispusieron a satisfacer sus deseos, yendo en busca de lo que pedía. Pero la mano de la joven pujó de la chaqueta a Walter, el cual no se movió de su lado, dejando que Reed se le adelantara corriendo hacia la casa.

Al quedarse solos, la señorita Martín, con

los labios rizados por una sonrisa maliciosa, dijo:

—Verá usted, Walter... Vamos a buscar a mamá Lou para que nos eche la buenaventura.

Cuando llegaron a casa de mamá Lou, una negra corpulenta, que adivinaba el porvenir y hacía sortilegios, ésta daba voces a su marido:

—¡Diantre con el negro!—gritaba—. El día menos pensado me hará perder la paciencia y lo llevaré a rastra por todo Natchez.

Mamá Lou se calló viendo a la señorita Martín y a Walter.

—Venimos a que nos digas la buenaventura—le dijo la joven cuando ya estuvieron en el interior de la morada.

—En seguidita... en cuanto se beban el te, para que yo vea lo que dicen las hojitas que queden en la taza.

Walter y María tomaron el te que les sirvió mamá Lou, a la cual devolvieron luego la taza vacía, en la que la mujer negra fijó unos ojos de hechicera, observando la disposición de las hojas de té para predecir el porvenir.

Mamá Lou alzó de pronto su voz bronca:

—*Eni, meni, mini*, no

mueva las hojas que dejo yo

y que salga la suerte que me tocó.

Los dos jóvenes la miraban con curiosidad.

—Veó unas montañas muy grandes—añadió mamá Lou, siempre con los ojos fijos en el fondo de la taza—, en un lugar lejano, que fué donde sus mercedes se conocieron.

María y Walter recordaron este episodio de sus vidas.

Un día, ella, durante una excursión, encontró a Walter y lo llamó:

—¡Hola, gauchito!

El le hiciera una seña invitándola a que se le uniese, y cuando María galopaba hacia él, súbitamente su caballo espantárase a la vista de una serpiente, dando tal bote que la joven perdió la montura, quedando sujeta por un pie a un estribo. El caballo, loco, corría desbocado amenazando la vida de la muchacha. Entonces, Walter habíase lanzado en su socorro, realizando la hazaña, sólo posible a un jinete como él, de arrojarle de su caballo en el instante de pasar al que arrastraba a María a la muerte y al cual detuvo colgándose de las riendas.

Desde entonces, eran amigos.

Mamá Lou les recordaba ahora este incidente.

—... Y veó también—prosiguió la negra—dos que se quieren mucho y son muy felices... pero las hojitas de te tiemblan... hay desgracias... hombres que riñen... y sangre, mucha sangre...

María se estremeció. Tenía miedo. Walter quiso darle una sensación de seguridad y, cogiendo la taza que presagiaba tantas desgracias, la arrojó al suelo.

Se despidieron de mamá Lou.

—No se preocupe usted—le dijo él para tranquilizarla—. Estas cosas no son más que embustes... Seremos felices digan lo que quieran las hojas de te.

—No sé, no sé... Las palabras de mamá Lou me han producido una profunda inquietud. ¡No puedo remediarlo!... Mi hermano ha vuelto

a dedicarse a la bebida. ¿Querrá esto decir que le va a suceder algo en las carreras de mañana?

—No se atormente usted—insistió Walter—. Leonardo lleva en sus venas sangre de heroes y cuando llegue la ocasión, sabrá probarlo.

La señorita Martín estrechó el brazo de



—...pero las hojitas de té tiemblan... hay desgracias... hombres que riñen...

Walter, como buscando instintiva defensa contra los peligros que las palabras de mamá Lou le hacían presagiar, y de nuevo dijo:

—No sé, no sé...

II

Aquella misma noche, a hora bastante avanzada, el hermano de María tuvo en el club un encuentro desagradable con cierto sujeto llamado Pierre Lafitte, tipo de aventurero peligroso, de quien Leonardo aceptara jugando algunos préstamos.

Lafitte saludó a Leonardo y le habló en voz baja:

—Antes de las carreras de mañana necesito reunir dos mil pesetas, Martín, y espero que me pague usted esta misma noche los vales que tengo suyos.

—Lo siento muchísimo, Lafitte—lamentóse Leonardo—, pero tendrá usted que esperar hasta el día primero, que es cuando recibo mi mensualidad.

—En ese caso... tendré que hablar con su hermana.

La amenaza de Lafitte surtió su efecto. Leonardo se levantó de su asiento y suplicó a su acreedor:

—¡No haga usted eso!... Yo le prometo lo que quiera, pero le ruego que no diga a mi hermana que he jugado,

Lafitte reflexionó un momento, más para concentrar sus ideas que para pensar lo que había que decir.

—Oigame usted atentamente—dijo a Martín—. A menos que ese Walter West amigo de ustedes tenga un percance mañana, él será quien gane las carreras... Vamos a ver si es usted capaz de hacer que tenga ese percance... y le gana la partida.

Martín quiso oponerse a la deshonrosa proposición que le hacía Lafitte.

—Como usted quiera.. Ahora que, o me obedece, o su hermana se entera de su deuda. Sin energía para sustraerse al dominio de aquel hombre, Martín acabó por someterse.

Horas después, llegaba Reed al club y Lafitte le enteró de lo que tramaba. Detrás del joven apareció, al poco, el prestamista Enrique Joyce, el cual llamó a Reed:

—Vengo a decirle que el Banco se ha negado por segunda vez a pagar el cheque de mil pesetas que me dió usted hace unos días.

—No importa, Joyce—repuso Reed—. Es pérese usted unos días y todo se arreglará.

—¡Nada de eso!—exclamó el prestamista—. O me entrega usted el valor del cheque antes de que den las doce o le hago meter en la cárcel.

Reed sintió agolpársele la sangre a la cabeza, inyectándosele los ojos de rabia. Sus manos se crisparon en un acceso de violencia. Volvió la espalda a Joyce y avanzó hacia Lafitte. De pronto retrocedió, cogiendo de un brazo al prestamista:

—¡Oigame, Joyce!... Dé usted al olvido ese

cheque y prometo hacerle ganar un dineral en las carreras de mañana.

—¿De qué manera?

—Habrá usted observado que todos están apostando por Walter West—explicó Reed—. Pues bien, mañana Walter sufrirá un percance y Leonardo Martín ganará las carreras. ¡Aposte usted veinte mil pesetas por el caballo de Martín! Barreremos con todo, y nos repartiremos la ganancia.

—¿Y cómo sabe usted que a Walter le va a suceder un percance?—preguntó Joyce un poco receloso.

—Lafitte acaba de encargarse de ese asunto. Acerquémonos a él para ponernos de acuerdo... ¡Ah! Tenga usted presente que no hay que mencionar a nadie. West está enamorado de la hermana de Martín y será el primero en callarse.

Al día siguiente todos los habitantes de Natchez acudieron a presenciar las carreras.

Pocos espectáculos tan interesantes como el de la «steeple-chase», en la que los jinetes lucen su destreza y los caballos su gallardía al saltar toda clase de obstáculos.

Los nombres de los corredores eran pronunciados en alta voz, y entre ellos destacábase el del favorito, que era Walter West.

Los jugadores hacían sus ofertas a gritos, y sólo se oía un nombre, siempre el mismo:

—¡Quinientas por West!

—¡Cien por West!

—¡Cincuenta por West!

Joyce iba de unos a otros aceptando todas las apuestas, seguro como estaba del triunfo

de Martín, el único competidor serio de Walter.

Poco antes de comenzar las carreras, Reed dijo a Walter, que se hallaba con la señorita Martín:

—Deseo a usted tanta fortuna en las carreras como en el amor... Y conste que se lo digo de corazón.

La burla de la sonrisa con que Reed acompañó sus palabras, desmentía su aparente sinceridad.

Walter no contestó y despidióse de María.

—Buena suerte—le dijo ella.

Instantes más tarde los corredores alineaban sus caballos, aperciéndose para la salida.

María, que actuaba de árbitro, dió la señal, y un grito elevóse de todos los labios:

—¡Ya parten!

Desde el primer momento, los caballos de West y Leonardo se adelantaron a los demás.

Los ojos de los espectadores seguíanlos con interés creciente.

De cuando en cuando oíase una exclamación de angustia, y sobre la pista veíase rodar a un caballo arrastrando a su jinete.

Los obstáculos eran más numerosos a medida que se acercaba el término del recorrido.

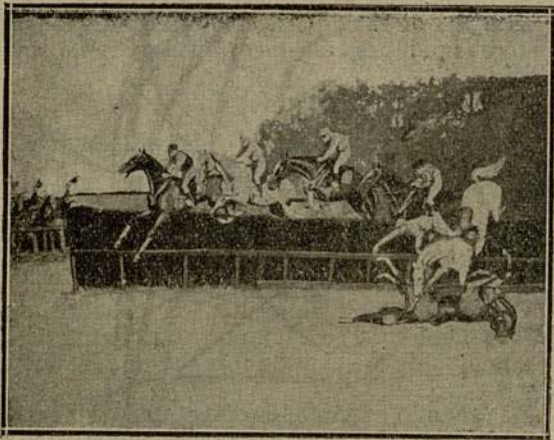
Walter y Leonardo seguían marchando los primeros, ganándose terreno el uno al otro alternativamente.

Próximos a completar las carreras, y cuando al saltar el último obstáculo iba a decidirse quién era el ganador, Martín apretó su caballo acercándose a West y, de una manera desca-

rada, lo empujó con la mano, derribándole de la silla.

Su hermana, que los seguía con unos gemelos, observó lo que acababa de pasar. Alguien dijo a su oído:

—¿Ha visto?... ¡Su hermano se la ha jugado! Pálida y temblorosa, ella no contestó.



...y sobre la pista veíase rodar a un caballo arrastrando a su jinete.

Al perder la guía de su jinete, el caballo habíase caído al mismo tiempo que West.

Algunos espectadores corrieron en su auxilio. Walter se levantó sin poderse explicar la canallada de que lo habían hecho víctima.

—¿Va usted a consentir que Martín se quede tan fresco?—le preguntó un amigo.

Walter miró hacia la meta, donde María otorgaba, como árbitro que era, el premio a su hermano, prendiendo del ojal de su casaca las cintas del vencedor. Sin poderse dominar, avanzó hasta Martín:

—Nunca creí que...

De pronto vió los ojos de María que le miraban suplicantes y, golpeando en los hombros a Leonardo, añadió:

—... que fuera usted tan buen jinete. Le felicito.

—Hay que convenir en que West sabe perder como un caballero—comentó uno.

Pero West no estaba dispuesto a tolerar que aquella injusticia quedara sin castigo y, al encontrarse poco después con Martín, le preguntó, señalándole la insignia que su hermana le prendiera en la casaca:

—¿Está usted seguro de que merece este premio?

Leonardo guardó silencio. Se reconocía culpable.

—Demasiado sabe usted—prosiguió West—que si ganó fué por haberme derribado a traición del caballo... ¿A qué santo obró así?

A medida que hablaba, el recuerdo de lo que Leonardo le había hecho excitó su cólera y, cogiéndolo por el cuello, lo amenazó:

—¡Dígame la verdad o no respondo de mí!...

Forcejeando por desprenderse de las garras de West, Martín confesó la verdad:

—Lafitte me lo exigió y tuve que obedecerle porque le debo una enormidad de dinero.

—¡Ah, miserable! ¿Dónde está Lafitte?

—En el Club, donde, después del almuerzo, nos repartiremos el dinero.

West soltó a Martín y le ordenó:

—Vaya usted allá, de acuerdo con lo que convinieron... ¡y cuidado con que se le escape una sola palabra de lo que acabamos de hablar!

A mediodía, a la hora indicada por Martín, en la solitaria cantina del Club, reuniéronse Joyce, Reed, Lafitte y Leonardo, quienes empezaron a repartirse las ganancias de las carreras.

—Todo salió a pedir de boca, Joyce—dijo Reed—. Yo voy a telefonar ahora que me envíen el «auto».

—Poco faltó para que nos quedásemos con la camisa de los que apostaban—repuso Lafitte.

Inesperadamente, West, interrumpió el reparto.

—Un momento, caballeros.

La presencia de Walter paralizó a sus enemigos, que no supieron impedir que el joven se apoderase del dinero.

—Estos billetes volverán a los bolsillos de los que apostaron—dijo calmamente West.

—Pero... ¿qué significa esto?—preguntó Lafitte.

—Sencillamente que usted, valiéndose del miedo como arma para asustar a Martín, obligó a éste a hacer una canallada para ganarle el dinero al público.

Walter miró a Joyce fijamente.

—Me extraña que usted se mezcle en esta

clase de negocios... ¿Qué es lo que le ha impulsado a ser ladrón?

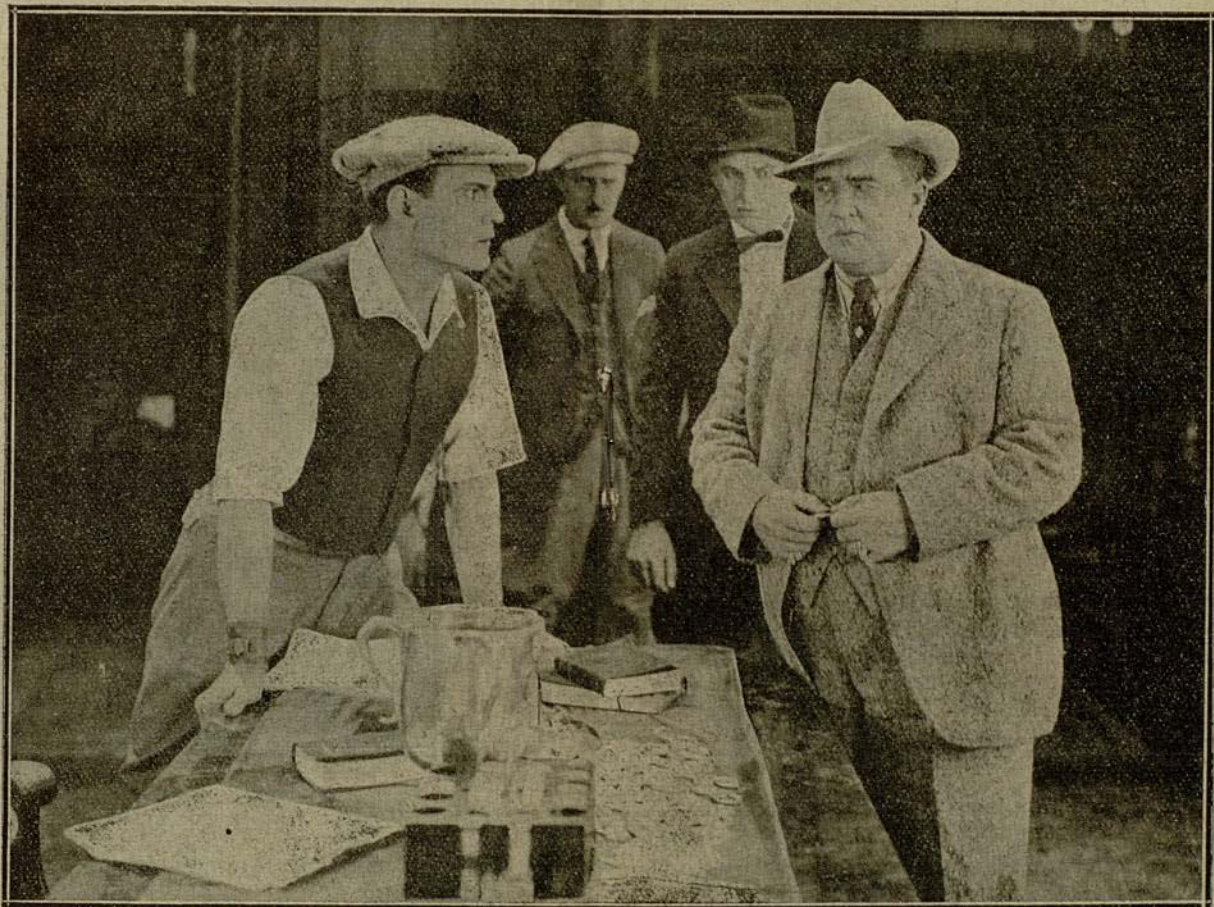
—Es la primera vez que doy un paso como este, West—exculpóse Joyce—. Y le prometo



—Un momento, caballeros.

que será la última, si me deja salir con bien del atolladero.

—¡Cuidado con «cantar», moscardón!—amenazó Lafitte a Joyce.



—Me extraña que usted se mezcle en esta clase de negocios... ¿Qué es lo que le ha impulsado a ser ladrón?

Lafitte no estaba dispuesto a perder el dinero y se arrojó sobre West, que descargó contra él un terrible puñetazo.

De pronto sonó un tiro y Joyce cayó muerto.

Reed que, momentos antes de presentarse Walter, había salido de la cantina, era el que acababa de disparar.

La detonación interrumpió la lucha. Lafitte corrió hacia la salida, y en la puerta del club encontró a Reed en su «auto».

—Oiga, Reed, le vi a usted matarlo. Lo mejor que podemos hacer es largarnos lo más de prisa posible.

Arriba, en el club, apenas repuestos de la sorpresa que les produjera el disparo, Martín decía a Walter:

—Lafitte fué quien le mató, pero si logra escaparse y nos encuentran aquí van a creer que nosotros somos los culpables.

—¡No hay que perder tiempo, entonces! — exclamó West.

Mientras tanto, Reed aconsejaba a Lafitte:

—Vuélvase usted a Vicksburgo. Yo me quedo aquí para defenderle las espaldas, y esta noche nos encontraremos en casa de Carrie, donde preparemos su fuga.

Lafitte corrió a las cuadras de los caballos de carreras, saliendo de Natchez a uña de caballo.

Poco después, pisándole los talones, Walter y Leonardo salían del club.

—Lafitte y su gente tienen su cuartel general en el Hotel Carrie, en Vicksburgo—había dicho Martín a West—. Y lo probable es que

trate de tomar el buque en Hamilton Landing. Reed seguía en su puesto.

—¿Ha visto usted a Lafitte? — preguntóle West—. Acaba de matar a Joyce.

Reed se hizo el sorprendido.

—Vaya a su casa—añadió West, dirigiéndose a Martín—, dígame a su hermana lo que sucede y corra a reunirse conmigo. Tenemos que alcanzar a Lafitte antes de que llegue a Vicksburgo.

West separóse de Leonardo y de Reed, encaminóse a las cuadras, montó el primer caballo que encontró, aunque con ello tuvo que arrojar por las orejas a su jinete, y salió de Natchez en persecución de Lafitte.

III

Temerosa de que la ignominia de su hermanita trascendiese al público, María Martín esperaba con impaciencia a Walter, cuando Reed y Leonardo llegaron en «auto».

Ella presintió que sucedía algo grave y les salió al encuentro.

—Lafitte acaba de matar a Joyce y se ha dado a la fuga—le dijo Leonardo—. Walter ha salido en su persecución.

—¿Y tú, entonces, cómo no le acompañaste?—preguntó ella.

—Reed y yo nos vamos ahora mismo a Vicksburgo a fin de ayudar a Walter, en caso de que Lafitte pierda el buque.

María se irguió afirmando:

—Pues yo también voy.

Reed torció la cabeza, tratando de ocultar el relámpago de alegría que pasó por sus ojos.

Leonardo quiso disuadir a su hermana:

—Me parece una locura que nos acompañes—dijo.

María, sin hacer caso de la observación, montó en el «auto», que partió en seguida tomando el camino de Vicksburgo, por el que galopaban entonces Lafitte y Walter.

Mejor jinete que Lafitte, Walter ya estaba a punto de alcanzarlo cuando delante de su caballo se interpuso la barrera que cerraba el paso a la vía por la que iba a pasar el expreso de Nueva York, mientras Lafitte, que le llevaba pequeña delantera y que había podido pasar, huía poniendo entre él y su perseguidor aquel inesperado obstáculo.

Walter oyó el pito del tren, que se acercaba. No podía perder instante. Hizo retroceder su caballo, lo espoleó rudamente y saltó la valla, pasando por delante de la máquina del expreso, que marchaba a una velocidad de ochenta kilómetros.

En tanto Lafitte llegaba al muelle de Hamilton Landing y tomaba el barco que se disponía a salir en aquel momento.

Walter vió cómo el barco se apartaba de la orilla. Pero no se desanimó y, saltando a otro, se dispuso a continuar su persecución.

—Voy persiguiendo a un asesino que va en ese barco—dijo al capitán, señalándole el que se llevaba a Lafitte—¿Puede usted adelantarlo?

—Haré todo lo posible—respondió el capitán.

Lafitte observó que le perseguían y se puso al habla con los maquinistas:

—Daré mil pesetas si llegamos a Vicksburgo antes que el «City of Natchez», que viene detrás de nosotros.

—¡Imposible!—contestó el maquinista—. Si aumento la presión reventarán las calderas.

—¡Arriésguese... y le daré dos mil quinientas en vez de mil!—ofreció Lafitte.

Aquella cantidad tentó la codicia del maquinista y las paletadas de carbón cayeron en el hogar de la caldera.

Desde aquel momento los minutos se convirtieron en millas. Los dos barcos, uno detrás de otro, avanzaban por las tranquilas aguas del río devorando las distancias.

Pero el «City of Natchez» poseía una máquina más potente, y su quilla cortaba las aguas acercándose cada vez más al barco perseguido.

Walter se dispuso a saltar del «City» en el momento en que pasase rozando el casco del

que conducía a Lafitte. Logró su intento y dirigióse al capitán:

—¿Dónde está el hombre que se embarcó en Hamilton Landing?

—Abajo, al lado de las calderas.

En efecto, allí estaba Lafitte ayudando personalmente a aumentar la presión de las calderas.

—¡Ah, canalla! —gritó Walter al verlo.

Lafitte le arrojó la pala que tenía en las manos. Súbitamente sonaron varias detonaciones y enormes columnas de humo serpearon cegando los ojos. Las tuberías de las calderas, no pudiendo resistir la presión a que se las sometía, comenzaban a reventar...

... Vacilando por en medio del humo, Walter corrió detrás de Lafitte y arrojóse detrás de él al agua.

En aquel instante, Reed, Leonardo y María se detenían en el lugar donde el camino de Vicksburgo se junta con el río, y hasta ellos llegó la explosión horrible de la caldera del barco.

El agua llenóse de despojos y los naufragos lanzaron sus gritos de angustia.

Walter se detuvo, para prestar ayuda a las víctimas de la explosión.

María descubrió entonces a Lafitte y gritó:

—¡Ah, Dios mío!... ¡Mi amado ha sido asesinado!

Reed se dirigió a la orilla y dijo a Lafitte, que acababa de tomar tierra:

—¡Ahora será usted mi prisionero!... Procure disimular. Tan pronto como llegemos a

Vicksburgo me casaré con la señorita Martín, y se arreglará todo.

Lafitte sometióse a las indicaciones de Reed y aparentó ser su prisionero.

—Iremos a Vicksburgo para entregárselo a las autoridades — indicó Reed a los hermanos Martín.

El «auto» partió y Walter, que había interrumpido su persecución por cumplir inaplazables deberes humanitarios, dió gritos al viento, viendo con estupor cómo el «auto» se alejaba llevándose a Lafitte, a Reed y a su novia.

Desalado corrió a la estación más próxima, donde le dijeron:

—El único tren que pasa por aquí durante la tarde es el expreso, pero no se detiene.

—Pues yo tengo que llegar cuanto antes a Vicksburgo. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Fijóse en una vagoneta, que se hallaba en la vía contigua a la del expreso y preguntó:

—¿Me prestan ustedes esa vagoneta? Yendo en ella me atrevería a saltar al expreso cuando pasase.

Obtenido el permiso, Walter montó en la vagoneta que guiaba un conductor.

No tardó mucho en oírse el pito del expreso, y en el instante preciso, Walter, dando un salto de tres metros, alcanzó aquel tren que llevaba una marcha de noventa kilómetros por hora.

La carretera de Vicksburgo pasaba paralelamente a la vía un largo trayecto, y Walter vió el «auto» en el que huía Lafitte.

—¿No podíamos parar?— preguntó al maquinista.

—El expreso de los Estados Unidos no se detiene ni para el Presidente.

Al mismo tiempo, María, viendo a West encaramado en la máquina del tren, lo llamó. Reed quiso tapparle la boca.

—¡No toque usted a mi hermana! —gritó Leonardo.

Hubo una breve lucha entre el joven Martín y Lafitte, quien, ayudado por Reed, arrojó a Leonardo del «auto», mientras María, dándose cuenta de que era víctima de un rapto, se desmayaba.

A todo esto el expreso seguía su marcha. Walter divisó un «auto» que hacía ensayos en un tramo de camino libre.

—Voy a saltar—gritó—. Acérquese.

Y desde lo alto de la máquina arrojóse al coche, cayendo dentro de él.

—Déjemelo usted... Necesito alcanzar, antes de llegar a Vicksburgo, a un asesino—dijo a su dueño.

Pero Lafitte y Reed habían ganado mucho tiempo y llegaron antes. Se dirigieron en seguida al Hotel Carrie, lugar de concentración de una banda de granujas que capitaneaba Lafitte.

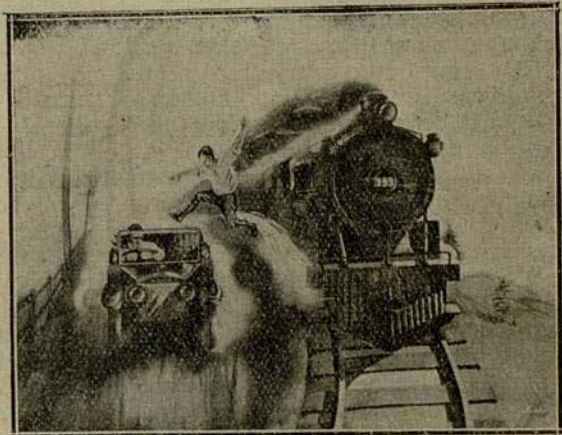
Reed descendió del «auto» llevando en brazos a la señorita Martín, que seguía sin recobrar el conocimiento, y previno a su cómplice:

—Busque la gente y quédese vigilando aquí... y si Walter asoma las narices, lo despachan y en paz.

En tanto West, en el automóvil que le había deparado la casualidad, corría por el camino de Vicksburgo. Sólo se detuvo un instante pa-

ra recoger al hermano de María y dejarlo a la entrada de la ciudad, a donde llegó poco después que Lafitte, dirigiéndose al Hotel Carrie.

Reed condujera a la desvanecida joven hasta el último piso del hotel. La muchacha comenzó a dar síntomas de que pronto volvería en sí, y su raptor estrechó su mano. Cuando



Y desde lo alto de la máquina arrojóse al coche, cayendo dentro de él.

vió que abrió los ojos, inclinóse hacia ella y le preguntó:

—¿Se encuentra usted mejor?

La señorita Martín miró en torno con perplejidad.

—¿Quién me ha traído aquí?

—Ya sabe usted que la quiero con toda mi

alma, María...—dijo él, procurando dar a su voz una entonación apasionada.

Ella le miró y por su pensamiento desfilaron las imágenes de la lucha que su hermano había sostenido con Lafitte y con Reed.

—Tiene usted que casarse conmigo—añadió él.

—¿Yo?... ¡Usted no sabe lo que dice!

La joven dirigióse a la puerta.

—Salga usted... y haré que prendan a su hermano por haber asesinado a Joyce.

La seguridad con que Reed pronunció estas palabras aterró a María.

—¿Mi hermano?...—preguntó con espanto.

—Sí, su hermano fué quien le mató.

La entereza de Reed al hacer esta afirmación sembró la duda en el ánimo de la joven, que se dejó caer en una silla, sin fuerzas para mantenerse en pie.

Mas se acercaba la hora de su liberación y la del castigo de Reed.

Walter, presintiendo que le acechaba algún peligro, no detuvo su «auto» al llegar al Hotel Carrie, sino que, forzando su marcha, rompió la puerta, quedando el coche encajado entre restos de madera y ladrillos.

Los auxiliares de Lafitte arrojáronse entonces sobre él, comenzando una lucha heroica, un combate de uno contra diez, en el que West tuvo que valerse de todas sus fuerzas y de toda su astucia para mantener a raya a sus enemigos.

La lucha tenía lugar en los bajos de la casa, en los que se guardaban bidones de gasolina. Y nadie supo cómo fué. De pronto estallaron unos cuantos bidones y un fuego horrible hi-

zo flamear sus llamas poniendo en fuga a los contrarios de West.

Entre los vecinos del Hotel contábase una viuda con dos hijos, que fueron sorprendidos por el fuego en su piso.

La pobre mujer, desolada, gritó pidiendo socorro. Hasta Walter llegaron las quejas des-



... comenzando una lucha heroica en la que West tuvo que valerse de todas sus fuerzas...

peradas de la madre, y como ya estaba desembarazado de sus enemigos, corrió escaleras arriba, llegando al cuarto de la viuda en el momento terrible en que las llamas prendían en la puerta.

Al lugar del siniestro acudieron pronto los bomberos, y Walter, con ayuda de una escala,

pudo salvar a la pobre mujer y a sus dos hijos.

Mientras, Reed, sin advertir el peligro, acobardaba a la señorita Martín para que le diera su consentimiento.

—West ha muerto—decíale—, y el único camino que le queda para salvar a su hermano es el de casarse conmigo.

Ella se resistía obstinadamente, desafiando la cólera de Reed.

A todo esto, Lafitte, después de luchar con West, subió en busca de su cómplice, y se detuvo a la entrada del cuarto en que se hallaba. Hasta él llegó su voz, que decía:

—Cásese conmigo y juraré que su hermano es inocente y que Lafitte fué el asesino.

—¡No, nunca!—protestó María—. ¡No puedo consentir que condenen a un inocente!

Lafitte dudó un instante lo que debía hacer. Al fin decidióse y, entrando en la estancia, sorprendió a Reed con esta exclamación:

—¡Lo he oído todo!

La sorpresa paralizó a Reed, mientras la señorita Martín, adivinando que aquel hombre acudía en su ayuda, corrió a su lado.

—No se forje usted ilusiones—prosiguió Lafitte—. ¡West vive! Y no tardará en presentarse aquí a pedirnos cuenta.

Una inmensa alegría inundó el alma de la señorita Martín al oír que él vivía.

En tanto el fuego se hacía dueño del Hotel Carrie. Las llamas, cada vez más enormes, reptaban por las paredes, que crujían derrumbándose con estrépito.

Lafitte se había encarado ahora con su cómplice:

—¡Yo seré quien le enseñe a usted a no ser traidor!

Los dos hombres se abalanzaron uno contra otro. María presenció su lucha con ojos de espanto, sin atreverse a huir, intimidada por el humo que iba inundando la habitación.

Lafitte y Reed, abrazados, intentaban derri-



Las llamas, cada vez más enormes, reptaban por las paredes,...

barse. Súbitamente sonó un disparo y Lafitte, cayendo apenas sin vida, murmuró:

—¡El fué el que mató a Joycel! ¡Lo ví con mis propios ojos!

Estas palabras las oyó Walter, que acababa de entrar, y acto seguido, cogiendo a Reed por la cintura, arrojólo por una ventana abierta,

ejecutando en él la sentencia de muerte que merecían sus crímenes.

Libres ya de todo peligro por parte de los hombres, Walter y María tenían que seguir aún luchando para salvarse, huyendo del fuego. Pero nada les asustaba ya. De nuevo se habían encontrado y, juntos los dos, sus almas fuertes de jóvenes amantes no se arrebaban por nada.

Con ayuda de los bomberos, la joven y él llegaron a salvo a tierra.

••

Algún tiempo después, en un atardecer de verano, Walter y María Martín hallábanse en el jardín de la estancia, sentados los dos en la rama inclinada de un árbol cuyas hojas rozaban el suelo.

—Ya ves cómo mamá Lou tenía razón—dijo ella.

—No digo que no—repuso West—, pero también dijo algo acerca de dos que se querían mucho y eran muy felices... ¿no te acuerdas?

Ella sonrió contenta, y la sombra de una nube, cubriendo a los jóvenes, sólo dejó ver

sus pies que se apretaban contra la rama... quizás porque sus brazos estaban ocupados entonces en sostener la caricia de un beso un poco largo...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO:

¿Por qué tanta prisa?

sugestiva comedia interpretada por el inmortal WALLACE REID

Centenario de

**La Novela Semanal Cinematográfica
dedicado a este artista.**

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

EMILIO CHIONE

La Novela Semanal Cinematográfica
Sale todos los miércoles. Precio: 25 céntimos.

LEA USTED

la interesante y emocionante
novela

El pago que dan los hijos

de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Precio: UNA Peseta